

Alejandro López López: un humanista y conservacionista fuera de serie

Mi primer contacto con Alejandro fue justo en mi toma de protesta como Comisionado Nacional de Áreas Naturales Protegidas, cuando yo todavía era un perfecto desconocido para él y para la gran mayoría de la CONANP. Al finalizar me despedí de la gente que estaba en el *presidium* y al bajar, una buena parte de los asistentes se había retirado. Ahí estaba él con su sonrisa, el brillo en los ojos y la calidez de siempre; y en ese instante supe que había conocido al primer amigo en mi nuevo encargo. Apenas se había presentado conmigo como el director del Parque Nacional Iztapalapa cuando ya me había introducido al subdirector; una de sus grandes cualidades era la horizontalidad, que no desorden, de sus equipos de trabajo. Me describió en general lo que estaban haciendo y me invitó a visitarlo pues “me quedaba muy cerca.”

Fue cosa de unas cuantas semanas para que, gracias a su insistencia, hiciera buena su oferta de conocer el Parque. Con ello, en plena preparación de nuestro componente para el programa sectorial, mi limitada perspectiva de lo que podíamos lograr en CONANP se amplió repentinamente. Eso se volvió como el estándar de cada reunión con él, pues teníamos una unidad de propósito, lo sentía como amigo de toda la vida, su experiencia y sabiduría emanaban en cada encuentro y yo trataba de aprender de ello. Si no era el proyecto de reforestación con Modelo y Bimbo, era uno nuevo con Volkswagen, un hermanamiento con la Sierra Nevada en Andalucía, o la vinculación con EcoParques en Rumania, negociar la salida de ganado del parque, recuperar parte de lo que se perdió en una modificación de la altitud del decreto, entre mil cosas más.

En el norte nos preciamos de claridosos, quizá para esconder nuestras malas formas, pero Alex era un claridoso fino. Alguna vez dije —sin reflexionar o quizá con leve arrogancia, que él identificó al vuelo—, que la selección de personas “no se haría por dedazo” y de inmediato espetó, “qué bueno que se seguirán haciendo como antes”. Jamás una grosería o una deslealtad, aunque tampoco se guardaba algo si no le parecía bien. Nunca presuntuoso, pero tampoco humilde, seguro de sí mismo, de sus metas y de cómo sumar a otros para lograrlas.

Fue muy temprano en la administración que, dada su presencia frecuente y sus ganas de ayudar, nos hizo invitarlo en ocasiones a participar en un pequeño grupo de innovación institucional que, al terminar de trabajar, nos reuníamos a jugar dominó. Allí también demostraba su liderazgo y simpatía, doblándose a la mula de seises con gesto sereno y pulso firme, mientras aseguraba que no hay ninguna carga peor que esa ficha y, al final, tampoco lo es tanto.

Terminamos de descubrirlo como un gran líder en las sesiones del SUDAN (Sindicato Unido de Directores de Áreas Naturales), una cofradía que servía para la cohesión institucional y donde todos convivíamos y nos decíamos las verdades, empezando por los apodos. Diseñado como un espacio para la convivencia y el relajamiento de presiones —Gargamel (Alejandro) sustituyó a Crusty y, junto con Papa Pitufo y Alf, intervenciones ocasionales de la Mujer Bala y otros personajes necesarios para aparentar una supuesta diversidad—, este grupo era apasionado y totalmente comprometido con la conservación, más allá de toda otra etiqueta de género, profesión, preferencia política o inclinaciones de cualquier tipo. Un espacio que hoy sufre y refleja el desgaste de toda la institución.

Su calidad moral y humana también fue de gran utilidad, pensando en términos transaccionales únicamente, pues la CONANP, si bien en retrospectiva vivió una “época dorada”, tuvo momentos extremadamente difíciles en lo interno y externo. Se destacó entonces Alejandro, en virtud de su entrega a la causa, la capacidad de interlocución y la confianza, ganadas a pulso de timón. Nunca fue rebelde pero tampoco un institucionalista; fue una persona recta y congruente. Esa calidad moral nos ayudó muchísimo en lo interno cuando tuvimos esas épocas difíciles donde había que pedir confianza en decisiones no siempre populares pero necesarias para ir consolidando el proyecto. Él, como otros, le quitó golpes bajos y ataques por la espalda al liderazgo formal de la CONANP, permitiéndole servir mejor a la gran causa y mandato que representaba.

En suma, Alex fue uno de los “mosqueteros” de la conservación que protegieron a la institución y sus liderazgos ante las fuerzas que la querían debilitar, no por sumisión o alineamiento sino por convicción. A la distancia es prácticamente una añoranza que nos hace sonreír, pero también llorar, de saber que mucho de lo que Alex contribuyó a consolidar lleva, casi desde que el partió, resquebrajándose y perdiéndose. Necesitamos los nuevos Gargamel o Don Goyos o Alejandros, la mirada limpia y alerta de quien sabe la responsabilidad que implica un área protegida y los sacrificios que en su defensa debemos hacer cotidianamente. Pues en conservación las victorias son por mientras y las derrotas para siempre.

Su partida fue uno de los episodios más tristes en mi vida. Como institución nos dejó acongojados por muchos meses. Justo el día anterior habíamos charlado muchísimo, de diferentes etapas de su vida, de sus Xoloitzcuintle y su línea genética, de nuevas estrategias para financiar la conservación, de cómo, cuándo y por qué pensaba retirarse. No soy una persona supersticiosa, pero tampoco creo totalmente en las coincidencias, ¿se estaba despidiendo de mí como algo premonitorio?

El enorme vacío que dejó en la CONANP, lo tratamos de llenar entre todos, algunos de quienes tuvieron la oportunidad de conocerlo y aprender de él y contagiarse de su pasión inacabable, su optimismo con toques realistas y, sobre todo, sus sueños anclados de pragmatismo.

Justo un año después de que él se fue, dejé la CONANP por convicción propia pero no puedo negar que en parte aún cargaba la tristeza de haberlo perdido. A ello se le juntaba el asedio constante hacia la institución por parte de quienes la pretendían burocratizar; o crucificar a algunos de nuestros mejores cuadros, por haber hecho lo correcto para la conservación en el filo de la normatividad, lo que entonces se tornaba en nuestra contra; o limitar su independencia en los procesos de organización y selección de personal y priorización de acciones. Me fui, ciertamente en mis términos, agradecido por mucho y con muchos, entre quienes, sin duda, Alejandro fue muy sobresaliente, de los que se cuentan en una sola mano.

Gracias Don Goyo, Alejandro, Alex querido, por tus enseñanzas. Aquí tendremos siempre el corazón en la mano y la sonrisa franca, para que, cuando te acuerdes de nosotros, sepas que te seguimos pensando.

Ernesto Enkerlin Hoeflich

Conservacionista